

tumbres por la ley. Este es el primer efecto de la verdad cuando se manifiesta; pero la continua leccion de esta misma ley, que ya conocian, los obstina despues en vez de corregirlos; los pecadores mas iluminados son comunmente los mas incorregibles; no tenemos cosa nueva que poderlos decir para reducirlos; todo lo saben; hablan con mas elocuencia que nosotros de los engaños del mundo y de la necesidad de la salvacion; nuestras instrucciones no les sirven mas que de repeticiones molestas; solamente se acuerdan de las primeras impresiones que en ellos hizo la verdad y que inmediatamente se borraron, para servirse de ellas como de muralla contra la misma verdad. No les hacen tanta fuerza unos temores que otras veces han vencido y depreciado. Son unos corazones aguerridos, si es lícito decirlo así, contra el mismo Dios: rechazan las armas de la luz con las armas de la misma luz; el conocimiento del peligro parece que los hace vivir mas tranquilos; y discurrendo siempre que les será tan fácil amar algun dia la verdad, como les ha sido conocerla, se entregan sin remordimiento á sus pasiones y llegan á presentarse en el tribunal de Dios cargados, no solamente de sus delitos, sino tambien de la verdad que debia libertarlos y será la que los condene. No, católicos, no hay cosa que no deba temerse cuando ya no queda cosa nueva que conocer en los caminos de la salvacion, sin haber entrado en ellos; primer remedio de salvacion, inútil para el alma inconstante; el conocimiento de la verdad: *Impossibile est eos, qui semel sunt illuminati, et prolapsi sunt, rersus renovari ad penitentiam.*¹

1 Hebr. 6. v. 6.

SEGUNDA PARTE.

El segundo remedio favorable para otros pecadores, es el nuevo gusto que acompaña siempre á los principios de la conversion: *Gustaverun etiam donum caeleste.* Un consuelo que derrama siempre la gracia sobre los primeros pasos de la mudanza de vida; una alegría que se experimenta en tener libre el corazon de sus pasiones y de sus remordimientos; un regocijo que sale de lo íntimo de la conciencia, descargada ya del peso de los pecados que la oprimia, y que jamás habia gustado la paz y la tranquilidad de la inocencia. Sí, católicos, no hay mayor consuelo que el de aquellos primeros movimientos que experimenta el corazon con su conversion y libertad, que aquel primer testimonio que se da á sí misma la conciencia de su paz y de su seguridad, que aquellos primeros instantes en que cayéndose por último nuestras cadenas, empezamos á respirar y á gozar de una suave y santa libertad. Habeis roto mis cadenas. Señor, decia un rey penitente en los primeros instantes de su libertad: *Dirupisti vincula mea.*¹ Por eso en el exceso de la alegría y del santo contento que me enajena, nada tiene de amargo para mí vuestro cáliz; las obligaciones mas penosas de vuestra santa ley, lejos de parecerme pesadas, son mi mayor consuelo y mis mas amables delicias: *Calicem salutaris accipiam.*² Las conversaciones de los hombres, en vez de entibiar mi resolucion, animan mi fe y no me parecen mas que discursos vanos y pueriles:

1 Psalm. 115. v. 2. 7.

2 Ibid. v. 4.

*Ego dixi in excessu meo, omnis homo mendax.*¹ ¡Oh Señor! qué gran consuelo es el ser del número de vuestros siervos, y cuánto mas glorioso me parece para el hombre el poder contar entre sus antepasados una sola alma que haya sabido agradaros, que una larga sucesion de príncipes y conquistadores: *Ego servus tuus, et filius ancilla tua.*²

Estos son los primeros consuelos de la gracia y lo que desde luego hace con un corazón que aun no está acostumbrado á la fuerza y á las dulzuras de sus divinas impresiones. Pero vosotros que tantas veces habeis dicho á Dios en aquellos primeros movimientos de un corazón convertido: Señor, el mundo en la realidad nunca me ha gustado, aun en los mismos deleites; en el tiempo que yo corria tras ellos con mas furor, siempre me dejaron vacío, triste é inquieto; solamente los consuelos que he hallado en la fidelidad á vuestra santa ley, son los que han dejado una verdadera alegría en lo íntimo de mi alma: *Consolationes tuæ letificaverunt animam meam.*³ Vosotros que estais continuamente pasando del gusto de la virtud al gusto del mundo y de los deleites, ¡oh almas inconstantes y ligeras! ¡qué suavidad ni qué consuelo podreis hallar en una nueva y santa vida de que ya no hayais gustado mil veces? Un solo pensamiento de salvacion triunfa muchas veces de la dureza de una alma que hasta entonces ha sido insensible; pero vosotros os habeis formado un corazón acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y despues de esto á recaer; teneis una alma afectuosa, criada con pensamientos de religion, fácil de compungirse, sin que nunca se arrepienta como

¹ Ibid. v. 2.

² Ibid. v. 7.

³ Psalm. 93. v. 19.

debe: no será la obstinacion la que os condene, sino una sensibilidad de conciencia que os entretiene y no os corrige; no teneis un corazón empedernido é incapaz de enternecerse, sino muy á propósito para recibir todas las primeras impresiones, y que dejando el mismo imperio sobre él al mundo que á Jesucristo, es causa de que no seais á propósito para él uno ni para el otro.

¡Ah! si tuviérais un corazón de piedra como aquellos pecadores insensibles, pudiera un golpe de la gracia herirle, romperle ó ablandarle; pero teneis un corazón de cera, como dice el profeta, en el que las últimas impresiones son siempre las mas vivas: fácil de moverse, difícil de fijarse, pronto en un instante de gracia y mas pronto en otro instante de placer; sin hallar otra cosa alguna digna de ser amada en vuestros instantes de arrepentimiento, mas que solo Dios, y sin hallar gusto mas que para el mundo luego que se borran estos pensamientos. Apenas habeis arrojado el espíritu impuro de vuestra alma, dice nuestro Evangelio, cuando lejos de gustar la paz de este nuevo estado, no hallais sosiego en él: *Querens requiem, et non invenit.* Os parece que todo os ha de faltar con el mundo que acabais de dejar; vuestro corazón desembarazado de las pasiones no basta para sí mismo; toda vuestra vida no es mas que un gran vacío que no podeis sufrir; en vuestras nuevas costumbres buscáis con que reemplazar los placeres que antes ocupaban vuestro corazón, y no hallais equivalente en nada: *Querens requiem, et non invenit.* Parece que quisiérais hallar en la virtud el mismo gusto, el mismo contento, las mismas diversiones y aun la misma embriaguez que en la culpa; mirais á todas partes para colocar un corazón que os estorba y molesta, y no hallando dónde fijarle, os enfadais de vuestra libertad: *Querens re-*

quem, et non invenit, y entonces os decís en vuestro interior, continúa el Evangelio, me volveré á la casa de donde habia salido; volveré á entrar en mis antiguos caminos, *Revertar in domum meam unde exivi*. Experimentaré si los deleites que tanto me disgustaban me ofrecen esta vez nuevos encantos: en ese estado permanecéis hasta que un nuevo disgusto os saque otra vez de la embriaguez de las pasiones para volveros á hacer entrar en los caminos de la justicia.

¡Ah! amados oyentes míos, si supiérais lo peligroso de vuestro estado y la poca esperanza que en él podeis tener de vuestra salvacion, os estremeceríais. Yo no pretendo ahora infundir nuevos temores, pero no puedo deciros sin estremecerme, que son muy raras las verdaderas conversiones de las almas semejantes á la vuestra. La sentencia de Jesucristo en este asunto es decisiva y terrible: *El que despues, dice, de haber puesto la mano en el arado, vuelve á mirar atrás, no es á propósito para el reino de Dios. Non est aptus Regno Dei*. No dice Jesucristo que pierde el derecho que tenia al reino de los cielos, ni que se expone á ser excluido de él para siempre, sino que no es á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei*. Es decir, sus inclinaciones, su interior, la natural disposicion de su talento y de su corazon, le inhabilitan para su eterna salud. Cuando se dice que un hombre no es á propósito para las ciencias, para la milicia ó para la toga, se da á entender que tiene en sí ciertos defectos incompatibles con las funciones de estos estados, y que es imposible el que adelante en ellos. Pues eso mismo dice Jesucristo en orden á la salvacion del alma inconstante, que entre todas las cualidades no hay otra menos á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei*.

¡Ah! un deshonesto puede arrepentirse; David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser tocado de Dios y sentir el peso de la Majestad que habia blasfemado; Manasés en las cadenas adora al Dios de sus padres, cuyos altares habia arruinado. Un publicano puede arrepentirse de sus injusticias; Zachéo despues de haber restituido lo que habia hurtado, reparte liberalmente sus propios bienes con los pobres. Una alma entregada á los deleites y á las mas infames pasiones, puede ser repentinamente iluminada; la pecadora llora á los piés de Jesucristo sus pecados, los que borra aun mas felizmente su amor que sus lágrimas. Pero aun Acab, que avisado por Elías, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á sus ídolos, y tan presto se vuelve al profeta como á sus falsos dioses. Un Sedecías, que movido de las roconvenciones de Jeremías le envia á llamar ocultamente, le consulta en orden á la voluntad del Señor, y al salir de allí vuelve á caer en su ceguedad, hace arrojar al profeta en un silo, y despues vuelve á llamarle para consultarle otra vez y ultrajarle al dia siguiente. Aquella reina de Israel que en su afliccion se viste con unos modestos adornos para consultar al hombre de Dios, que parece respeta el poder y majestad del Dios verdadero en la persona de su profeta, y al volver á Samaria hace sacrificios á sus becerros de oro como antes. ¡Ah! en ninguna parte se lee que han hecho penitencia, y los libros santos siempre nos los representan como príncipes réprobos y aborrecidos de Dios. ¿De qué proviene esto, católicos? de que entre todas las cualidades de una alma, la inconstancia es la menos á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei*.

¿De qué proviene esto? De que la piedad cristiana supone un entendimiento maduro, capaz de una verdadera re-

solucion, que sabe el partido que ha de elegir, y que habiendo una vez conocido el camino derecho, entra en él y no se aparta tan fácilmente; supone una alma fuerte, que sabe vencer un disgusto, un obstáculo, un peligro y su propia flaqueza. Una alma prudente que no se gobierna ni por el gusto ni por el antojo, sino por las reglas de la prudencia y de la fe. ¿De qué proviene esto? De que para formar una alma cristiana se necesita no sé qué grandeza, elevacion y solidez superior á las preocupaciones y flaquezas vulgares. De que la misma religion es una luz y una razon divina, y perfeccion de la razon humana. De que la virtud siempre se nos representa en las divinas Escrituras bajo la idea de la sabiduría; el justo bajo la de un hombre cuerdo y prudente que lo experimenta todo, que juzga sanamente de todo, que toma medidas constantes y nunca empieza á edificar para dejar imperfecto el edificio; de que aun en el mismo mundo un espíritu inconstante y variable no es capaz de cosa alguna, y al verle empezar una empresa, todos la tienen por destruida. En una palabra, de que la inconstancia es una de las cualidades menos á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei.*

Ahora bien, las desigualdades de vuestra conducta no provienen mas que de una inconstancia natural, porque la naturaleza ama la novedad y se enfada muy presto de una misma cosa; provienen de una incertidumbre y de una inconstancia de corazon que no puede fiarse de sí mismo para el instante siguiente, que no hace cuenta con la razon, que en nada consulta y siempre sigue su gusto, sin tener de fijo mas que su continua variedad.

No hablo aquí de vuestra conducta exterior como la ven los hombres; acaso la soberbia que en vosotros ocupa el lugar de la razon, hace que las costumbres exteriores parez-

can iguales y uniformes, que eviteis aquellos extremos y aquellas inconstancias ruidosas, que de una extrema piedad hacen pasar á una alma insensata é inconstante al desorden mas excesivo, y acostumbran al público á que censure, ya los excesos de su virtud, ya los de sus vicios. Es verdad que procurais no dar á los hombres estos motivos de burlarse. Pero juzgad de vosotros mismos por lo que sois en la presencia de Dios, por vuestra conducta interior, por vuestros secretos pensamientos, por la inconstancia de corazon que hace que el primer objeto que se presenta decida siempre de vuestra determinacion, por aquellas promesas tantas veces renovadas y otras tantas violadas, por aquellos principios de penitencia tan fácilmente empezados y tan fácilmente retratados; sois la mas mudable é inconstante de todas las almas, teneis el corazon mas ligero y mas variable, sois una de aquellas nubes sin agua, como dice San Judas, que se dejan llevar de todos los vientos, uno de aquellos Astros errante y borrascoso, que despues de haber arrojado los cadáveres fuera de su seno, se vuelve á hinchar y los recoge de las mismas riberas adonde los habia arrojado: *Fluctus feri mari, despu-
mantes suas confusiones.*¹ Esto es, que aunque podais tener cualidades propias para el mundo, no sois á propósito para el reino de Dios. *Non est aptus regno Dei.* Segundo medio de salvacion, inútil para el alma inconstante, el gusto de la verdad: *Impossibile est eos, qui gustaverunt donum
cæleste, et prolapsi sunt, rursus renovari ad pœnitentiam.*

¹ Epist. Jud. 17.

TERCERA PARTE.

Pero lo mas terrible y lo que mas debe asustar á estas almas, es que la participacion de los Sacramentos, tan útil para otros pecadores, sirve de escollo para el alma inconstante: *Participes facti sunt Spiritus Sancti.*

La sirve de escollo; lo primero, porque usa inútilmente de este remedio divino. Porque una alma que ha vivido mucho tiempo separada del altar y que ha ocultado por muchos años en el tesoro de su corazon sus iniquidades antiguas y nuevas, sin llegar á descubrir las en el sagrado tribunal de la penitencia, cuando por último va á postrarse á los piés del confesor, lleva unos temores y unas inquietudes que nunca habia experimentado. La majestad del lugar, la santa severidad del juez, la importancia del remedio y la vergüenza y confusion de sus delitos, todo esto hace en su corazon unas impresiones tan nuevas y profundas, que es muy difícil el borrarlas. Pero vosotros vais al sagrado tribunal con una alma familiarizada con su misma confusion; la relacion de vuestras flaquezas, tantas veces repetida, casi no hace ya impresion en vuestro corazon; las mas vergonzosas heridas no son para vosotros mas que repeticiones, que por frecuentes no hacen novedad; vais al sagrado tribunal asegurados contra vosotros mismos; no os avergonzais de las culpas que confesais; y como la vergüenza que descubre las miserias de vuestra conciencia es casi imperceptible, tampoco tiene efecto el dolor con que las detestais.

En segundo lugar, la sirve de escollo por el fingimiento inseparable de las recaidas; lleva arrastrando de tribunal

en tribunal el peso de sus delitos; á cada nueva caida busca nuevo confesor, para excusar la vergüenza que acompañaria á la confesion de las mismas flaquezas; no le manifiesta las pasadas inconstancias, y hace gemir á los ministros de Jesucristo, porque segun parece, solo les manifiesta sus infames fragilidades, para darles mas motivo, abandonándolos despues de que se aflijan y lloren en la presencia de Dios.

En tercer lugar, la sirve de escollo por el inevitable sacrilegio que se comete en las recaidas. Porque estar continuamente arrepiñtiéndose y recayendo, venir á purificarse para volverse á manchar; no decir Señor, pequé, sino para pecar de nuevo; esto no es ser penitente, dice un santo padre, sino mofador y profanador de las cosas santas.

Bien sé que la gracia del sacramento no fija la inconstancia del corazon humano, ni pone al hombre en un estado firme é invariable de justicia; ni quiero decir absolutamente que el que despues de haber sido penitente vuelve á ser pecador, profana el sacramento. ¡Ah! para decir esto era necesario no conocer la miserable condicion de la naturaleza humana é ignorar nuestra propia flaqueza; pero sí digo que el que ha salido verdaderamente justificado de los piés del sacerdote, aun cuando tenga la desgracia de recaer, á lo menos las recaidas no serán tan prontas, y es necesario que el tiempo y las ocasiones vayan debilitando insensiblemente la gracia; que muchas infidelidades interiores hayan dispuesto poco á poco al alma para una nueva caida, y que los peligros, mil veces despreciados, nos hayan llevado como con pasos insensibles hasta el fatal momento en que caimos, pues no se pasa en un instante del estado de la gracia al del pecado.

La obra de la conversion no es obra de un instante; es